

## LA CRÓNICA

## Bibliotecas de la esperanza

ANTONI PUIGVERD

Un día antes del bombarzo de Le Pen, tuvo lugar en Salt, en el extrarradio de Girona, una deliciosa anticipación infantil de la fiesta del libro. Observado a la luz del diarreico resultado electoral francés, este pequeño acto literario, en el que participaron en armónica fusión niños de todos los colores y procedencias, adquiere un raro valor. Los tiempos son de zozobra y el futuro apunta con deprimentes maneras, pero allí reinó algo muy parecido a la esperanza.

Empecemos por el principio. Como cada año, la biblioteca pública infantil Mas-sagran organiza la fiesta del libro gigante.

Quince días antes de la fiesta, los niños de Salt son invitados a redactar un pequeño cuento, para lo cual reciben el apoyo de las educadoras de la biblioteca, que les ayudan a pulir la forma y a imprimir el cuento. Llega el día de la fiesta, sábado luminoso y cándido. La pequeña plaza se llena de niños y papás, pero también de *grallers*, percusionistas, cabezudos y voluntarios sociales. Y de jóvenes ilustradores llegados de toda la provincia de Girona que, sentados en unas mesas en el centro de la plaza, leen o escuchan el cuento que les presenta cada niño y lo ilustran a todo color sobre una gran cartulina. Secada la pintura, el niño copia su texto en la parte blanca de la cartulina y la entrega a las educadoras, que le regalan un libro. Los cuentos y las ilustraciones serán expuestos en la casa de cultura local y guardados, finalmente, en un volumen gigante. El niño puede subir a una tarima, si le apetece, y leer su texto ante el público. Después, se mezclará en la fiesta: unas voluntarias le embadurnarán la cara con motivos chillones o lo agarrarán para bailar. Los percusionistas (Els Diablos de Pere Botero) le enseñarán a darle al bombo y los cabezudos le invitarán a saltar al ritmo de los tradicionales *grallers*.

Pensará el lector que una fiesta tan sencilla e infantil no merece ser destacada en una crónica. También lo creía yo, que me perdí las anteriores ediciones por falta de curiosidad. El otro día, Jordi Artigal, director de la biblioteca de Salt, me llamó por teléfono y, tras invitarme a asistir a esta fiesta, me recordó, sin pretenderlo, los peligros del reduccionismo: "Comprobarás que existen bibliotecas con vocación social". Como quizá el lector recordará, escri-

bi en estas mismas páginas un artículo sobre el modelo elitista de nuestras bibliotecas, que a mi entender no responde a las exigencias sociales. Cometí el imperdonable error de no mencionar a las muy heroicas (aunque escasas) bibliotecas de barrio. La de Salt es ejemplo, especialmente su pequeña delegación infantil, la Mas-sagran, convertida en un servicio vital (aunque a todas luces insuficiente) para esta población de aluvión que necesita la cultura básica como agua necesita el desierto. Al frente de la Mas-sagran están tres jóvenes generosos: Mariona Pèlach, Xevi Fàbregas y Glòria Matas. Son educadores sociales, cobran una mise-

ria, la Administración los confunde con simples monitores de colonias, pero era una delicia verlos, el otro día, llamando a todos los niños por su nombre (Wafa, Carlos, Haytam, Laura, Ahmed...), guiándoles con afecto familiar, quitando mocos, aconsejando a madres, escuchando a padres, tutelando lecturas, animando al tímido, despertando al abúlico, recuperando al despistado, besando al cándido, estimulando al aburrido, elogiando al laborioso, acogiendo al tardón, acariciándoles a todos.

Era una delicia también ver a niños de orígenes tan dispares mezclados tan naturalmente. Paseé entre ellos curioseando su

mundo, escritos en un catalán más que aceptable, a veces estrictamente fonético ("ia bia una bagada..."). La mayoría eran convencionales recreaciones de leyendas y cuentos tradicionales, incluidas las aventuras de príncipes y princesas marroquíes, aunque de vez en cuando saltaba un detalle revelador: Mamadou explica, por ejemplo, que Sant Jordi y la princesa se casaron y fueron muy felices porque "van menjar tot el que volien". Jaranke presenta a Capercutia como una niña "que no té calçotets". Ayub escribe sobre un gigante que se burla de unos niños y les escupe, hasta que se da

cuenta de que al fútbol no puede jugarse en solitario, por lo que deja de escupir y de burlarse. Fátima escribe sobre una niña sin amigos que intima con un monstruo. Soufian, más truculento, narra la noche de un lápiz que ve por la ventana, entre otras cosas, a un mochuelo cortándose el pelo y, por accidente, la oreja, y guardando la sangre en sus ojos; la mamá del lápiz, que es una goma, le borra el sueño por la mañana. Conversé con una maestra que me habló de una escuela con el 65% de los niños de origen africano, y con los voluntarios sociales, eufóricos por haber conseguido implicar en el acto a todos los círculos activos de Salt. Hablé con Zahra Battani, profesora de árabe, contenta por el interés que suscita el árabe entre sus alumnos de Salt. Al final, cuando casi todo

el mundo estaba ya en sus casas, comiendo, Mariona Pèlach me enseñó la minúscula biblioteca y me enumeró sus déficit: la falta de medios, la desbordante demanda de afecto y ayuda, la ausencia de los padres, la presión de los adolescentes que se agrupan en la plaza. Y el peligro del gueto: a medida que la biblioteca se llena de niños inmigrantes, se vacía de lectores locales. Mientras ella me contaba todo esto, unos jóvenes golpeaban incansablemente una pared de vidrio. "¿Siempre están así?", pregunté. Y ella sonriendo dijo: "A su manera, te acompañan". Salí de aquella biblioteca con el corazón sembrado a la vez de inquietud y de esperanza. De inquietud por la enorme carga que estos infimos baluartes de civilización soportan en las periferias. Y de esperanza porque está claro que de ahí saldrán, si los políticos no son agarrados miopes, los paraguas que nos salvarán de Le Pen.



La fiesta del libro gigante en la biblioteca de Salt, el sábado pasado. / PERE DURAN

La experiencia de Salt es un ejemplo de los paraguas que nos salvarán de las zozobras que inspira Le Pen

El consejero de Cultura, Jordi Vila-joana, ha tardado 10 días en desmentir la información que *La Vanguardia* publicaba el 16 de abril indicando que un acuerdo político entre Jordi Pujol y Pasqual Maragall había decidido el destino de los restos arqueológicos documentados en el mercado del Born: convivir con la futura Biblioteca Provincial de Barcelona y facilitar la visita de una parte de los mismos. Hubo en primera instancia un rápido mentís del Ayuntamiento, que señaló que la decisión definitiva se tomaría una vez finalizada la intervención arqueológica. Posteriormente, las declaraciones procedentes de la delegación del Gobierno en Cataluña, del Ministerio de Educación y Cultura, del edil del PP Santiago Fisas y del *conseller en cap*, Artur Mas, fueron interpretadas por ese mismo medio en un sentido que hacía tener un desenlace sordo a las voces de historiadores y arqueólogos que se han manifestado inequívocamente por la preservación del yacimiento. Las vacilaciones y tardanzas a la

hora de confirmar que el acuerdo de las administraciones era el de estudiar la compatibilidad sobre el informe de los diversos técnicos han sido descorazonadoras para los colectivos que reclamaban la conservación de las ruinas en su totalidad. La solución mala sería, efectivamente, el resultado de una serie de despropósitos en los que las razones políticas, en muchos casos teñidas de una demagogia apenas disimulada, habrían primado sobre las opiniones técnicas y los mínimos conceptos de preservación y difusión del patrimonio histórico y cultural. Cuando se hicieron públicos los primeros resultados de la intervención, responsables autonómicos y municipales reconocieron sin reservas la importancia de los restos y la necesidad de preservarlos en su totalidad,

dando al conjunto una organización museográfica que permitiera su inclusión en la oferta didáctica de la ciudad. Por una vez, los resultados de la arqueología preventiva iban a suponer la modificación de un gran proyecto público, reparando la ignominia de anteriores actuaciones, como la construcción del colector del Bogatell.

Alto y claro: los restos del Born deben consolidarse, restaurarse, estudiarse y difundirse sin cohabitar a modo de catacumba moderna en el subsuelo de una biblioteca, potenciando la relación del espacio ahora existente con la cubierta de hierro diseñada por Josep Fontseré en 1873 por múltiples motivos, pero esencialmente por la amplitud de la zona excavada, por su excepcional estado de conservación y por tratarse de una oportu-

nidad única para explicar la evolución urbanística de Barcelona entre los siglos XIV y XVIII, no por ser un símbolo de las consecuencias de la Guerra de Sucesión. Lo ocurrido en 1714 es un hecho histórico y la historia se interpreta cada día, hoy también. No podemos sustraernos a la explicación de los hechos porque la historia objetiva no existe: las interpretaciones son el resultado de los condicionantes culturales y la visión de cada investigador. Pero los restos del Born no son en sí mismos una interpretación de la historia, sino la historia, el testimonio de una concepción social y económica de una parte de lo que hoy es Barcelona a lo largo de, al menos, cuatro siglos. Negar o sublimar lo que sucedió en 1714 e intentar instrumentalizarlo no es el objetivo de ar-

queólogos, historiadores y museólogos. Si se quiere recordar el pasado, no es necesario recurrir a los restos del Born.

Coexistiendo, la biblioteca nacera abortada porque no dispondrá del espacio suficiente para cumplir sus funciones por mucho que se intente decir lo contrario, dado que los libros tienen la excelente costumbre de crecer en proporciones insospechadas, y cualquier proyecto que no prevea la unidad física de fondos y servicios es no sólo ilógico, sino también un absurdo. Al tiempo, el proyecto museográfico será restringido y una ocasión perdida para difundir la historia de Barcelona y de Cataluña. Debe decirse claramente: fue un error intentar ubicar la biblioteca en el Born aunque se acabe haciendo, dado que ni por los condicionantes arquitectónicos, ni por las previsibles complicaciones derivadas de los restos existentes en el subsuelo, ampliamente conocidas tras las intervenciones de la calle del Comerç, ni por la dificultad de acceso, era una buena elección.

## La pierna de Rivaldo

FRANCESC GRACIA